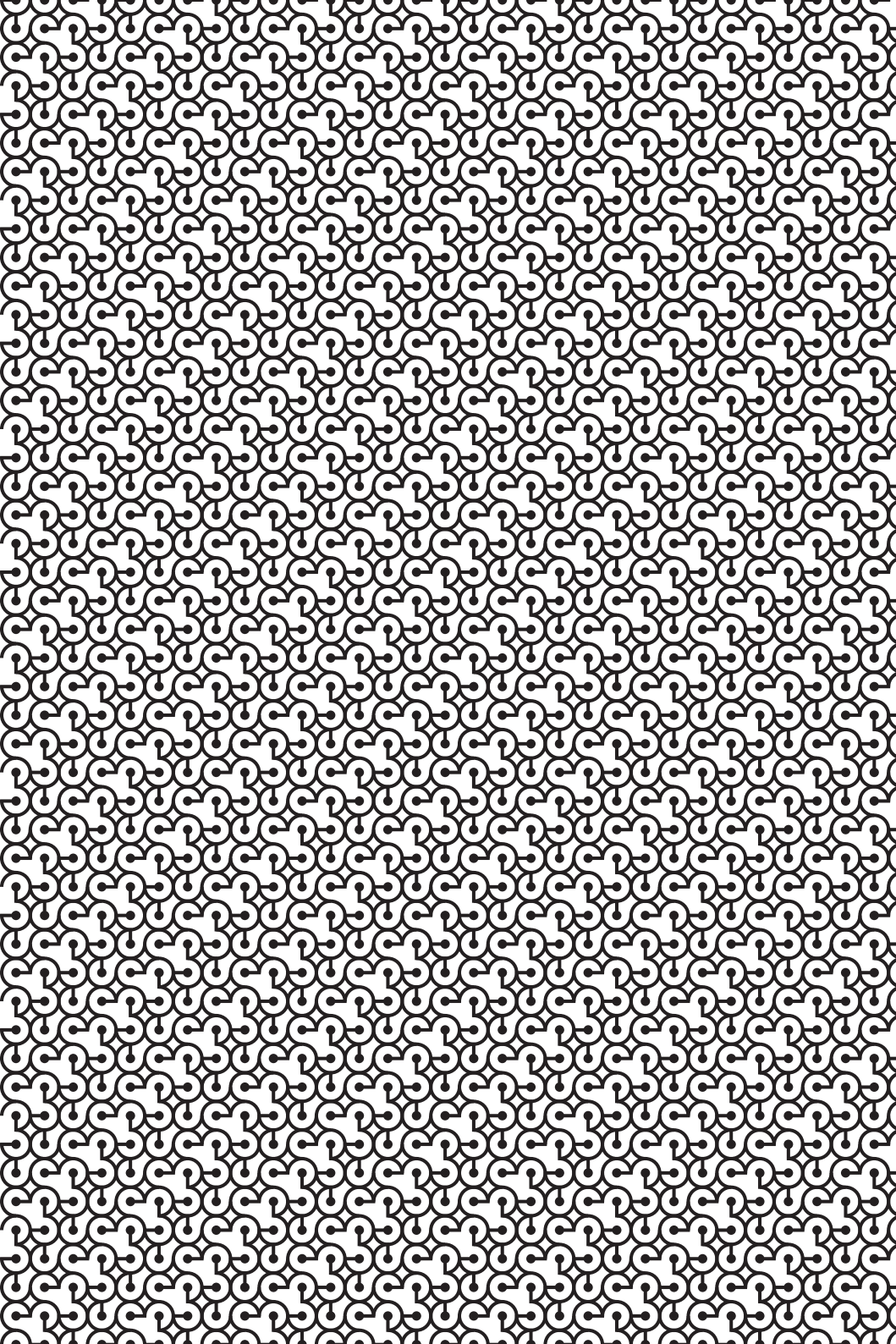
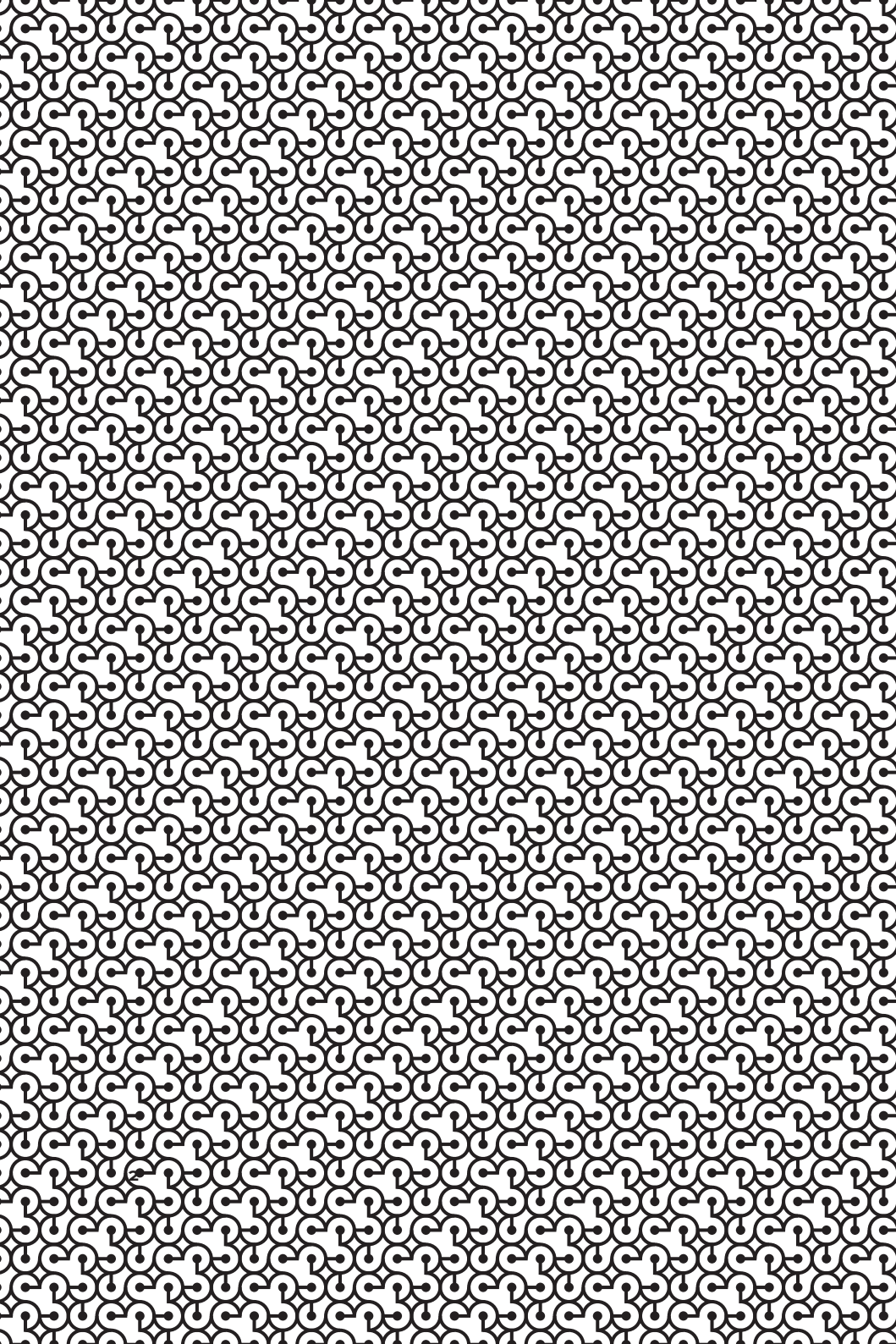






U.N.I.



Antonio Garber

U.N.I.



menos**cuarto**

Un jurado formado por Espido Freire, David Uclés, Joan Manuel Gisbert, Berna González Harbour y José Ángel Zapatero adjudicó a *U.N.I.*, escrito por Antonio García Bermúdez, el Premio Tristana de Novela Fantástica, en su decimoséptima edición, organizado por el Ayuntamiento de Santander.

© Antonio Garber
© de esta edición, Menoscuarto Ediciones, 2025

ISBN: 978-84-19964-35-9
Dep. legal: P-80/2025

Diseño de colección: Echeve
Ilustración de portada: © María Serrano
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)
Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES, S. L.
Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F
34005 PALENCIA (España)
Tfno. y fax: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro se ha elaborado con papeles con certificado forestal que controlan el origen de la materia prima provenientes de montes sostenibles, garantizando el respeto al medio ambiente.

A mis padres

GAME OVER

Salí arrastrándome del *hardware* calcinado del superordenador. Los cristales crujían a cada paso que daba y el humo negro del silicio entraba en mis pulmones a bocanadas mientras gritaba:

—¡Elena! —Vi dos figuras altas y armadas aproximándose entre el humo. No quedaba mucho tiempo—. ¡Elena!

Un gruñido contestó desde la montaña de componentes y escombros. Luego, un brazo asomó por el hueco entre la mesa de acero y la marabunta de procesadores, memoria RAM y tuberías de refrigeración líquida desacopladas.

—Estoy aquí —dijo ella.

Intenté apartar los restos de procesadores, pero quemaban como ascuas. Utilicé un trozo de carcasa del tamaño de una puerta de armario para hacer palanca y así levantarlos.

Lo logré. Elena salió del hueco un poco magullada y cubierta de sudor, pero al menos parecía sana y salva. Le tendí la mano para ayudarla a bajar de la mesa. Cuando

sus labios musitaron algo, se le abrieron los ojos como platos hacia un punto situado detrás de mí.

—¿Cómo habéis entrado? —Escuché decir a un hombre mientras el humo comenzaba a despejarse—. Teníamos cámaras, escáneres, controles... Es imposible. Solo sois unos chavales.

Otra figura de hombros anchos emergió de la humareda. Santiago Castillo, con su traje inmaculado y liso, parecía una anomalía en medio del desastre que habíamos desatado Elena y yo. En el techo, un pedazo de tubería quebrada soplaba peligroso gas freón, volviendo nuestro miedo difuminado en un terror visible.

Santiago Castillo, de la División Captcha, desenfundó una pistola. Era de descargas eléctricas, no de pólvora. Las balas podrían haber dañado los preciados componentes del superordenador. Pero aun así, imaginé que una descarga podría dejarme tieso y patas arriba si conseguía darme.

La cuestión era: ¿podría evitarlo?

—No os mováis —dijo Castillo. Luego miró al otro hombre de su unidad—. Cachéalos.

Elena y yo permanecimos inmóviles mientras ese bruto que Castillo empleaba como una herramienta humana nos inspeccionaba los bolsillos. Sus manos callosas sacaron de mi sudadera el pase de seguridad falso, un destornillador y medio rollo de cinta adhesiva. Los arrojó al suelo con una sonrisa divertida.

—¿Nada? —le preguntó Castillo. Su subordinado negó con la cabeza—. Asegúrate. No quiero más sorpre-

sas. La última vez los subestimamos y mira lo que han conseguido.

Señaló a los restos del superordenador y el cacheo se repitió una segunda vez. Mientras que el hombre de Captcha, agachado, subía la pernera de mis pantalones y palpaba los calcetines, miré a Elena de reojo como si quisiera comunicarle algo. Ella me devolvió la mirada, pero al contrario de lo que esperaba, estaba cargada de inflexible seriedad, como si estuviera leyendo mi mente. «No hagas ninguna estupidez», pareció advertirme.

—Todo este daño no importa —nos dijo Castillo mirándonos con una expresión hosca—. Habéis llegado demasiado tarde.

El captcha se incorporó.

—Nada jefe —confirmó enseñando sus manos vacías.

—¿No? —Castillo se rascó la barbilla afeitada sin dejar de apuntarnos—. Ven, vamos a ocuparnos de estos chavales para que no molesten más.

A empujones y a punta de pistola, salimos de allí y nos llevaron hacia un doble portón blanco. Sobre él, la placa de policarbonato con forma de cuadrado decía: *Ala de Inteligencia Artificial*. Al atravesar los arcos, un enorme pasillo de paredes blancas se desplegó ante nosotros.

Las losas espejadas del suelo se iluminaban a cada paso que dábamos. De repente nos contemplé a Elena y a mí reflejados en aquel infierno de espejos. Detrás iban Castillo y el otro captcha, doblemente elegantes, trajeados y letales, apuntándonos. Nosotros, «chavales», como decía Castillo, de diecisiete años. Ellos, adultos armados. Miré

a Elena. Volvió a negar con la cabeza. El pasillo era recto y sin obstáculos para cubrirnos de la pistola. No hicimos nada. Pasamos delante de salas de conferencias como cavernas gigantescas, de despachos en los que se silueteaban vasos vacíos de café sobre las mesas y salvapantallas de ordenadores encendidos.

Pero allí no había nadie trabajando. Solo un fantasma artificial de pura luz e inteligencia inhumana.

—Adentro —ordenó Castillo frente a una puerta de metal con ventana cuadrada en su contorno. Me rozó la espalda con su pistola.

Elena y yo la atravesamos a regañadientes. Escuché un pitido electrónico seguido de un golpe sordo de cerrojo. Me giré, golpeando la puerta mientras veía por la ventana a los integrantes de la División Captcha alejándose. Los espejos del suelo se oscurecieron a cada paso que dieron hasta salir del ala.

—¿Ahora qué? —preguntó Elena—. Nos han quitado los auriculares, los teléfonos y...

No llegó a terminar la frase. El edificio se agitó violentamente, revolviendo un enorme panel de corcho colgado de la pared y tirando las chinchetas y papeles al suelo. En el techo, un haz de tubos fluorescentes parpadeó como las neuronas de un gigantesco cerebro que pedía auxilio en código morse. Con cada resplandor, veía a Elena temblar y cubrirse la cabeza con las manos. Yo también lo hice.

Al menos durante casi un minuto. Cuando el sótano dejó de estremecerse, una sábana difusa de polvo envolvió el despacho a la luz del único tubo fluorescente que seguía

funcionando. Le daba el aspecto de una rejilla invisible integrada dentro del espacio, como los polígonos geométricos de las pantallas de videojuego.

—Quizás haya alguna manera de escapar —dije para no dejarme vencer por el miedo—. Ven, ayúdame con la puerta.

Era una losa de acero fría y gruesa. Ni con un ariete hubiéramos podido derribarla. Un sensor magnético de tarjetas situado a su derecha sustituía a la cerradura. Aquella vez no teníamos ningún pase para abrirla.

—Quizás si... —seguí diciendo.

—Daniel, esto no es un videojuego —cortó Elena.

Me senté en el suelo mientras ella buscaba. Pensativo, concentrado en las cuatro paredes que nos encerraban. Se suponía que aquella era mi especialidad: encontrar salidas. Había pasado media vida delante de un ordenador, atento a vulnerabilidades del código de los videojuegos, apretando gatillos virtuales y camuflando a mi personaje en las sombras mientras se infiltraba en lugares imposibles para otros jugadores. ¿Por qué aquello no podía ser igual?

Una gota de sudor me bajó por la frente.

Porque la vida no era un videojuego. Elena tenía razón. No existían desarrolladores invisibles diseñando salidas y recompensas para evitarte abandonar la partida. Aquello era el *meatspace*, el plano de carne y hueso.

Estábamos en Madrid, no dentro de un videojuego.

En el siglo veintiuno, no en un futuro distópico.

Éramos alumnos de instituto, no mercenarios o espías modificados con implantes y nanotecnología.

El mundo real se mostraba indiferente a nuestra desesperación. Tenía una escala y paciencia infinitos.

Empujé de nuevo la puerta sin resultado. Elena abría y cerraba cajones del despacho en busca de alguna tarjeta. En la lejanía, un enjambre de teléfonos sonaron simultáneamente. El tono se veía amplificado por la cantidad. ¿Diez, veinte? Sentí la adrenalina de mi cuerpo evaporándose y dejando paso a los escalofríos. Hacía un mes, mi mayor temor hubiera sido llegar tarde a casa. Pero ahora era distinto. Tenía miedo de que todo lo que habíamos hecho hubiera sido en vano.

De que después de llegar tan lejos, aquello fuera nuestro *Game Over*.

Los teléfonos se detuvieron al unísono. Cerré los ojos y respiré hondo, intentando visualizar el despacho como si fuera un videojuego. La codiciada salida debería ser un hueco en aquella rejilla de polvo opaco.

Pero los acontecimientos del último mes, los que me habían arrastrado hasta allí, desfilaron por mi cabeza sin remedio.